

Nietzsche y el sufrimiento humano

*Lo que no me mata, me hace más fuerte
(Was mich nicht umbringt, macht mich stärker).*

F. Nietzsche. *Crepúsculo de los ídolos*.
"Máximas y dardos". §8

Aquello por lo que sufrimos de manera más profunda y personal es incomprensible e inaccesible a casi todos los demás: en esto estamos ocultos al más próximo, aunque coma de nuestro plato. Por dondequiera que se *perciba* que sufrimos, nuestro sufrimiento es interpretado de modo superficial. [...] Toda la economía de mi alma y el equilibrio se consigue con la "desdicha", la apertura de nuevas fuentes y necesidades, la cicatrización de viejas heridas, el rechazo de pasados enteros – todo eso, que puede estar ligado con la desdicha, no le preocupa al buen compasivo: él quiere *ayudar* y no piensa en que hay una necesidad personal de la desdicha, que el terror, las privaciones, los empobrecimientos, las medianoches, las aventuras, las osadías, los desaciertos son para ti y para mí tan necesarios como sus opuestos, que incluso, para expresarme de modo místico, el camino que conduce al propio cielo pasa siempre por la voluptuosidad del propio infierno. No, de esto no sabe nada: ¡la "religión del compasivo" (o "del corazón") ordena ayuda, y cree haber ayudado mejor cuando más rápido ha ayudado! Si vosotros, adeptos de esta religión, [...], si no queréis que vuestro propio sufrimiento esté ni una hora con vosotros y prevenís siempre desde lejos toda posible desdicha, si sentís vuestro sufrimiento y vuestro displacer en general como algo malo, odioso, digno de ser aniquilado, como una tacha de la existencia, entonces, además de vuestra religión de la compasión, tenéis en el corazón otra religión, y ésta es quizá la madre de aquella: –la *religión de la comodidad*. Ay vosotros, cómodos y bonachones, qué poco sabéis de la *felicidad* de los hombres! – ¡porque la felicidad y la desdicha son dos hermanos y gemelos, que crecen juntos o, como en vuestro caso, *se quedan pequeños* juntos!

F. Nietzsche. *La gaya ciencia*. §338.

Vosotros queréis, en lo posible –y no hay "en lo posible" más demencial–, *eliminar el sufrimiento*; ¿y nosotros? –parece de hecho como si *nosotros* prefiriésemos tenerlo más arriba y peor de lo que ha estado nunca! El bienestar, tal como vosotros lo entendéis –¡no es ningún fin, eso nos parece un *final*! [...] La disciplina del sufrimiento¹, del *gran* sufrimiento –¿no sabéis que únicamente *esta* disciplina ha producido hasta ahora todas las elevaciones del hombre? Aquella tensión del alma en la desgracia, que es la que le inculca la fortaleza, su estremecimiento en la visión de la gran destrucción, su inventiva y valentía al soportar, resistir, interpretar y aprovechar la desgracia y todo cuanto le fue concedido al alma en materia de profundidad, secreto, máscara, ingenio, astucia y grandeza: –¿es que no le fue concedido en el sufrimiento, en la disciplina del gran sufrimiento?

F. Nietzsche. *Más allá del bien y del mal*. § 225.

Todo el que sufre busca instintivamente una causa a su sufrimiento; mejor dicho, un causante, más exactamente, un causante *culpable*, susceptible de sufrir, –en una palabra, cualquier cosa viva sobre la que con cualquier pretexto poder descargar sus afectos [...], pues la descarga de los afectos es la experiencia máxima de desahogo, esto es, de *anestesia* del que sufre, su *narcoticum* espontáneamente deseado contra cualquier clase de suplicio. Aquí es donde, me parece a mí, se ha de buscar la causalidad fisiológica real del *resentimiento*, la venganza y similares, a saber, en el anhelo de *anestesiarse el dolor por medio del afecto*. [...] "Yo sufro: alguien tiene que ser culpable" – así piensa toda oveja enfermiza.

De la genealogía de la moral. "Tercer tratado. ¿Qué significan los ideales ascéticos?". §15.

¹ Disciplina del sufrimiento: comprender que el sufrimiento hace posible la profundidad, la gravedad, la creación y la grandeza.

Si desviamos la mirada del ideal ascético, el hombre, el *animal* hombre no ha tenido hasta ahora ningún sentido. Su existencia sobre la tierra no ha entrañado ninguna finalidad; “¿para qué el hombre?”... ha sido una pregunta sin respuesta; ha faltado la voluntad para el hombre y para la tierra; ¡detrás de todo gran destino humano ha resonado como un estribillo un «¡en vano!» más grande aún! Eso precisamente es lo que significa el ideal ascético: que *faltaba* algo, que un inmenso *hueco* circundaba al hombre... El hombre no sabía justificarse, explicarse, afirmarse a sí mismo, *sufría* por el problema de su sentido. Sufría de todas formas, en lo esencial era un animal *enfermizo*: pero su problema no era el sufrimiento mismo, sino el hecho de que faltase la respuesta para la pregunta que gritaba: «¿sufrir *para qué?*» El hombre, el animal más valiente y acostumbrado a sufrir, *no* niega el sufrimiento en sí: lo *quiere*, lo busca incluso, suponiendo que se le muestre un sentido para el sufrimiento, un *para qué*. El absurdo del sufrimiento, no el sufrimiento, fue hasta ahora la maldición que se extendía sobre la humanidad... ¡y el *ideal ascético ofrecía un sentido a la humanidad!* Fue hasta ahora el único sentido; un sentido cualquiera es mejor que ningún sentido en absoluto; el ideal ascético ha sido desde todos los puntos de vista la «*faute de mieux*» *par excellence* que ha habido hasta ahora. En él se *interpretaba* el sufrimiento; el vacío gigantesco parecía llenarse; la puerta se cerraba ante todo nihilismo suicida. Sin duda la interpretación trajo consigo nuevos sufrimientos, sufrimientos más profundos, más íntimos, más venenosos, sufrimientos que roían aún más la vida: puso todo sufrimiento bajo la perspectiva de la *culpa*... Pero, a pesar de todo, el hombre fue *salvado*, tenía un *sentido*, en adelante ya no fue una hoja al viento, un juguete del absurdo, del «sin-sentido», en adelante pudo querer algo, sin que importase al principio hacia dónde, para qué, con qué quería: *la voluntad misma fue salvada*. Sencillamente, no podemos ocultarnos qué es lo que en realidad expresa toda esa voluntad que se ha orientado por el ideal ascético: este odio contra lo humano; más aún, contra lo animal; más aún, contra lo material; esta repulsión hacia los sentidos, hacia la razón misma, este temor a la felicidad y a la belleza, este anhelo de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, incluso de todo anhelo... Todo esto significa, atrevámonos a comprenderlo, una *voluntad de nada*, una repugnancia hacia la vida, un rechazo de los supuestos más fundamentales de la vida, ¡pero es y sigue siendo una *voluntad!*... Y para concluir con lo que ya dije al principio: el hombre prefiere querer *la nada* a no querer nada...

F. Nietzsche. De la genealogía de la moral. “Tercer tratado: ¿qué significan los ideales ascéticos?”. 28